

VI

¿Qué hay por debajo de ese sueño quimérico? Las brutales y perversas pasiones humanas, desencadenadas primero por el furor religioso, y entregadas después á sí mismas bajo una capa de cortesía externa, pero tan perversas como antes. Ved el rey popular, Ricardo Corazón de León, y contad sus carnicerías y asesinatos: «El rey Ricardo, dice el poema, es el mejor que se encuentra en ningún canto de gesta.» Pero si su corazón es de león, su estómago también. Un día, hallándose bajo las murallas de San Juan de Acre, y acabado de salir de una enfermedad, quiere comer tocino á toda costa. No habiendo tocino, matan un joven y tierno sarraceno; le cuecen; le salan; el rey se le come, y le sabe muy bien; después de lo cual quiere ver la cabeza del cochino. El cocinero se la lleva temblando. El se echa á reír, y dice que el ejército no tendrá ya que temer hambres, porque tiene á mano provisiones. Toma la ciudad, é inmediatamente los embajadores de Saladino van á pedirle gracia para los prisioneros. Ricardo manda decapitar á treinta de los más nobles; ordena á su cocinero que cueza las cabezas, y que sirva una á cada embajador, con un cartel en que consten el nombre y la familia del muerto. El, en su presencia, come la suya con buen apetito, y les dice que cuenten á Saladino de qué manera hacen la guerra los cristianos, y si es verdad que le temen. Después manda llevar á una llanura á los se-

senta mil prisioneros. «Allí oyeron á los ángeles del cielo que decían: «Señores, matad, matad. No perdonéis; cortadles la cabeza.» El rey oyó la voz de los ángeles, y dió gracias á Dios y á su santa cruz. Tras esto los decapitan á todos; y siempre que el rey toma una ciudad, manda que degüellen á todo el mundo, niños y mujeres. Tal era la devoción de la Edad Media, no sólo en las ficciones, como aquí, sino en la historia: en la toma de Jerusalén se mató á toda la población—setenta mil personas.

Así se traslucen, hasta en las narraciones caballerescas, los instintos feroces y desenfrenados de la bestia sanguinaria. Los relatos auténticos nos la presentan en acción. Vemos á Enrique II que, irritado contra un paje, salta sobre él para sacarle los ojos. Vemos á Juan sin Tierra que deja morir de hambre en una prisión á veintitrés rehenes. Vemos á Eduardo II que manda ahorcar y despanzurrar de una vez á veintiocho nobles, y á quien matan metiéndole en las entrañas un hierro candente. Ved en Froissart, en Francia como aquí, los excesos y los asesinatos de la gran guerra de los Cien años; ved en Inglaterra las matanzas de la guerra de las Dos Rosas. En ambos países la independencia feudal conduce á la guerra civil, y la Edad Media zozobra bajo el peso de sus vicios. La cortesía caballeresca, que ocultaba la ferocidad nativa, desaparece como ropaje súbitamente consumido por la irrupción de un incendio: en Inglaterra, á la sazón, se mata de preferencia á los nobles y también á los prisioneros, incluso los niños, alevosamente y á sangre fría. ¿Qué es, pues, lo que ha aprendido el hombre en esa civilización y por esa literatura? ¿En qué se ha humanizado? ¿Qué máximas de justicia, qué hábitos de reflexión, qué tejido de jui-

cios verdaderos ha interpuesto esa cultura entre sus deseos y sus acciones para moderar su arrebató? El hombre ha fantaseado, ha imaginado una especie de ceremonial elegante para hablar mejor á los señores y á las damas, ha descubierto el código galante del *Petit Jehan de Saintré*. Pero, ¿dónde está la verdadera educación? ¿De qué le ha servido á Froissart toda su vasta experiencia? Es un niño agradable y parlero; lo que se llama entonces su poesía, la *poesía nueva*, no es más que una charlatanería refinada, una puerilidad reviejuela. Algunos retóricos, como Cristina de Pisan, tratan de calcar periodos á la antigua; pero la literatura aborta en todo. Nadie piensa: ved á sir John de Mandeville, que ha corrido el universo ciento cincuenta años después de Villehardouin, y que tiene el entendimiento tan cerrado como Villehardouin. Su libro está plagado de leyendas y fábulas extravagantes, de todas las credulidades y de todas las ignorancias. Si trata de explicar por qué ha pasado de mano en mano la Palestina, sin quedar nunca bajo una dominación estable, dice «que Dios no quiere que esté mucho tiempo en manos de traidores y pecadores, cristianos ó no cristianos.» En Jerusalén ha visto, en las gradas del templo, la señal de las patas del asno que montaba nuestro Señor «cuando entró el Domingo de Ramos.» Pinta á los etíopes como gente que no tiene más que un pie, pero tan ancho, que pueden utilizarle como un quitasol. Cita una isla cuyos habitantes «tienen de diez y ocho á treinta pies de estatura y no van vestidos más que de pieles de animales», y otra isla «donde hay muchas y muy crueles mujeres que tienen piedras preciosas dentro de los ojos y tienen tal vista, que si miran á un hombre con despecho, le matan s ólo con la mirada como un basilisco».

El buen hombre cuenta sin más ni más; la duda y el discernimiento apenas tienen cabida aun en aquel mundo. Nada de juicio ni de reflexión personal; pone los hechos unos en pos de otros, sin más enlace; su libro no es más que un espejo que reproduce los recuerdos de sus ojos y de sus oídos. «Y á todos los que recen por mí un *Pater* y un *Ave María*, los hago partícipes y les doy parte en todas las santas peregrinaciones que he hecho en mi vida.» Tal es el fin, acomodado á lo demás. Ni la moral pública ni la ciencia pública han ganado nada en esos tres siglos de cultura. Esa cultura francesa, vanamente imitada en toda Europa, no ha servido más que para adornar la superficie del hombre, y el barniz con que la ha cubierto se desluce ya por todas partes ó se desconcha. Aún van peor las cosas en Inglaterra, donde el barniz es más externo, donde le han extendido más torpemente manos extrañas, donde no ha podido cubrir más que á medias la costra sajona y donde esa costra ha conservado su rudeza. He aquí por qué durante tres siglos, durante toda la primera edad feudal, la literatura de los normandos de Inglaterra, compuesta de imitaciones, de traducciones, de copias desmañadas, es una literatura vacía.

VII

¿Qué se ha hecho, entre tanto, del pueblo vencido? El añejo tronco en que han venido á injertarse las brillantes flores continentales, ¿no ha producido ningún brote literario peculiar? ¿Ha permanecido estéril durante todo ese tiempo bajo el hacha normanda que cortó todos sus vástagos? Ha vegetado bien poco, pero ha vegetado al fin. El pueblo subyugado no es una nación desmembrada, dislocada, desarraigada, inerte, como las poblaciones del continente que, al salir de la larga explotación romana, se vieron á merced de la desordenada invasión de los bárbaros; ese pueblo forma masa, sigue apegado á su suelo y está lleno de savia; no se han trastocado sus partes; se le ha decapitado simplemente para ingerirle por arriba un haz de ramas diversas. Ha padecido, sin duda; pero, al fin, cerróse la herida, y las dos savias se han mezclado (1). Hasta las duras y rígidas ligaduras con que el conquistador le ha oprimido aumentan en adelante su fijeza y su fuerza. Se ha hecho el catastro de las tierras; se ha examinado, definido y escrito cada título (2); se ha fijado cada derecho ó cen-

(1) *Pictorial history*, 1, 686. *Dialogue on the Exchequer*. Tiempo de Enrique II.

(2) *Domsday-book*.—*Froude's History of England*, tomo 1, 13. «Al través de todas las disposiciones se descubre un objeto único: que en Inglaterra todo hombre tiene definidos su puesto y su deber, y que ningún ser humano es dueño de vivir á su antojo sin rendir cuentas á nadie. Es la disciplina de un ejercicio transportada á la vida social.»

so; se ha registrado á cada hombre en su sitio, con su condición, sus deberes, su procedencia y su valor; de suerte que la nación entera está como envuelta en una red donde no se suelta ninguna malla. Si en adelante se desenvuelve, es dentro de ese marco. Su constitución es un hecho, y dentro de ese recinto definitivo y cerrado va á desplegarse y á obrar el hombre. Solidaridad y lucha: he ahí las dos consecuencias de esa gran reglamentación que consolida en un cuerpo á la aristocracia conquistadora, y en otro á la nación conquistada, bien así como en Roma la inclusión sistemática de los vencidos en la plebe, y la organización forzosa de los patricios en frente de la plebe, regimentó á los particulares en dos órdenes cuya oposición y unión formaron el Estado. De esa manera, aquí como en Roma, se forja y completa el carácter nacional por la costumbre de obrar en cuerpo, por el respeto del derecho escrito, por la aptitud política y práctica, por el desarrollo de la energía militante y paciente. El *domsday-book*, encerrando á esa joven sociedad en una rígida disciplina, es el que ha hecho del sajón el inglés que hoy día vemos.

Lenta, gradualmente, en medio de las dolorosas quejas de los cronistas, vemos cómo se forma ese nuevo hombre, agitándose al modo de un niño que grita porque una máquina acerada, hiriéndole, le fortalece el cuerpo. Por mermados y rebajados que se hallen los sajones, no han caído en el populacho. Algunos (1), en casi todos los condados, siguen siendo señores de sus tierras, á condición de prestar homenaje al rey. Gran número se han hecho vasallos de barones normandos, y continúan siendo propietarios

(1) *Domsday-book*. *Tenants in chief*.

en tal concepto. Un número mayor pasan á ser *socargers*, es decir, poseedores libres, con el gravamen de un censo, pero con la facultad de enajenar sus bienes; y los villanos sajones encuentran patronos en todos esos hombres, como la plebe encontró jefes en los nobles italianos transplantados á Roma. El patronato de esos sajones que se han mantenido firmes es un patronato efectivo, porque no están aislados; matrimonios comunes, como en la antigua Roma los de patricios y plebeyos, han unido las dos razas (1); el normando, cuñado de un sajón, se defiende á sí mismo defendiendo á su cuñado; sobre todo en esos tiempos de disturbios y en una sociedad armada, los parientes, los aliados, tienen que unirse estrechamente para apoyarse. Después de todo, menester es que los advenedizos tengan en cuenta á sus súbditos, porque esos súbditos poseen corazón y valor de hombres: los sajones, como los plebeyos de Roma, se acuerdan de su condición nativa y de su primera independencia. Lo dicen las quejas y la indignación de los cronistas, los rencores y las amenazas de rebelión popular, las largas amarguras con que evocan continuamente la libertad antigua, el favor con que acogen las audacias y la rebelión de los *outlaws*. A fines del siglo XII existían familias sajonas que, por voto perpetuo, habían re-

(1) *Pictorial history*, 1, 66. Según Aibred (tiempo de Enrique II), «un rey, muchos obispos y abades, muchos grandes condes y nobles caballeros, descendientes á la vez de sangre inglesa y de sangre normanda, eran un sostén para la una y un honor para la otra». «Ahora (dice otro autor del mismo tiempo), como los ingleses y los normandos viven juntos, y vienen casándose constantemente unos con otros, las dos naciones se hallan tan completamente mezcladas, que, al menos por lo que atañe á los hombres libres, apenas se puede distinguir quién es de raza normanda y quién de raza inglesa. Los villanos encadenados al suelo son los únicos de pura sangre sajona.»

suelto llevar la barba larga, de padres á hijos, en memoria de las costumbres nacionales y de la antigua patria. Semejantes hombres, aun reducidos al estado de *socargers* y hasta la condición de villanos, tienen una cerviz más rígida que los miseros colonos del continente, pisoteados y magullados por los cuatro siglos de fiscalización romana. Así por sus sentimientos como por su condición, son reliquias al par que rudimentos vivos de un pueblo libre. No se llega con ellos hasta el último extremo de la opresión. Forman el cuerpo de la nación, el cuerpo laborioso y animoso que suministra la fuerza. Los grandes barones comprenden que ahí es donde hay que apoyarse para hacer frente al rey. Bien pronto, al estipular para sí mismos (1), estipulan también para todos los hombres libres, hasta para los mercaderes, hasta para los villanos. En lo sucesivo «ningún mercader será privado de su mercancía, ningún villano de sus instrumentos de trabajo; á ningún hombre libre, mercader ó villano, se le multará desmesuradamente por un pequeño delito. Ningún hombre libre será detenido, aprisionado, desposeído de su tierra, ni perseguido de ningún modo, sino por el juicio legal de sus pares y según la ley del país.» Así protegidos, se rehacen y obran. Hay un tribunal en cada condado donde se reúnen todos los terratenientes libres, grandes ó pequeños, para deliberar sobre los asuntos municipales, administrar justicia y nombrar á los que han de repartir el impuesto. El sajón de barba roja, de tez clara, de grandes dientes blancos, siéntase al lado del normando en esos tribunales; allí se ven *franklins* semejantes al que describe Chaucer, «de compleción sanguínea», liberal y de

(1) *Carta Magna*, 1215.

buen estómago como sus antepasados, hombre amigo de francachelas, «que siempre tiene el pan y la cerveza sobre la mesa»; en cuya casa no falta nunca la carne asada al horno; que «tiene perdices mantecosas en jaula; que tiene sargos y lucios en su estanque»; que truena contra su cocinero «si la salsa no es picante y fuerte», y «cuya mesa está siempre puesta y provista todo el día. Es un hombre importante: ha sido *sheriff* y caballero del condado; figura «en las juntas». Con él se hallan en la asamblea, más frecuentemente entre el concurso, los *yeomen*, colonos, gente del monte, artesanos, compatriotas suyos, hombres musculosos y decididos, dispuestos á defender su propiedad y á apoyar con sus aclamaciones, con sus puños y también con sus armas, al que tome la defensa de sus intereses. ¿Creéis que se desprecia el descontento de un hombre como éste, verbigracia (1): «Un fornido jayán, de carne y huesos robustos, ancho de hombros, sólido como un tronco», capaz «de hacer saltar la barra de cualquier puerta ó de hundirla con la cabeza, corriendo? Tenía la barba roja como el pelo de una marrana ó de un zorro, y ancha como una pala. En el lado derecho de la nariz tenía una verruga con un mechón de pelos rojos como las sedas de la oreja de una marrana. Las ventanas de la nariz eran anchas y negras, y la boca tamaña como una hornaza. Llevaba al lado espada y escudo; era pendenciero y osado.» He ahí las figuras atléticas y las constituciones de toros que aún subsisten allá, mantenidas á pasto de cerveza fuerte y de carne, y vigorizadas por los ejercicios del cuerpo y de los puños. Hay que re-

(1) *Prólogo de los Cuentos de Cantorbery*, v, 545. Ed. Richard Morris.

presentarse esos hombres cuando se quiere comprender cómo se ha establecido en ese país la libertad política. Poco á poco ven acercarse á ellos á los simples caballeros, sus colegas en el tribunal del condado, demasiado pobres para asistir con los grandes barones á las asambleas reales. Forman cuerpo con ellos por la comunidad de intereses, por la semejanza de costumbres, por la proximidad de condiciones: los toman por representantes; los *eligen* (1). Ahora han entrado en la vida pública, y viene á reforzarlos un contingente que contribuirá á hacer definitivo su ingreso. Las ciudades devastadas por la conquista se han repoblado poco á poco. Han obtenido ó arrancado cartas; los burgueses se han redimido de los tributos arbitrarios que les imponían; han adquirido el suelo de sus casas; se han unido bajo regidores y *aldermen*; ahora cada ciudad, dentro de las grandes redes feudales, es una potencia; Leicester, rebelado contra el rey, llama al Parlamento (2) á dos representantes de cada una, para autorizarse y sostenerse. Los antiguos vencidos, campesinos ó ciudadanos, han conseguido elevarse hasta la vida política. Si se imponen cargas, es voluntariamente; no pagan nada que no acuerden; á principios del siglo XIV sus diputados reunidos forman la Cámara de los Comunes; y ya á fines del siglo anterior el arzobispo de Cantorbery decía al Papa, hablando en nombre del rey: «Es costumbre del reino de Inglaterra que, en todos los asuntos relativos al es-

(1) En 1214, y también en 1225 y 1254. (Guizot: *Origine du système représentatif en Angleterre*, páginas 297-299; Ch. Bémont, *Simon de Montfort, son rôle politique en France et en Angleterre*.)

(2) 1264.